



ESCUELA DE MEDITACIÓN CRISTIANA

**COMUNIDAD MUNDIAL PARA LA MEDITACIÓN CRISTIANA
ARGENTINA**

**Texto preparado por la Parroquia
“El Señor del Milagro y la Virgen del Milagro”**

CONTENIDO

Las raíces de la meditación en la Palabra de Dios

Evagrio Póntico, testigo privilegiado de la tradición

La oración de Jesús, expresión de la presencia de la meditación en la tradición cristiana

La Nube del No Saber, testigo occidental. Anónimo inglés del siglo XIV

Las raíces de la meditación en la Palabra de Dios



Puede suceder que cuando decimos que meditamos dentro de la tradición cristiana la gente se quede sorprendida y pregunte dónde hay evidencia de que Jesús meditaba o que en la Biblia se recomiende esta forma de oración.

Sin embargo, si bien no podemos decir que esta forma de oración fue enseñada directamente por Él o que los Apóstoles la practicaban tal como nosotros la conocemos, podemos constatar que a través de la lectura de muchos pasajes bíblicos es posible observar cómo la tradición de la meditación cristiana hunde sus raíces en la Sagrada Escritura.

En el Evangelio de Mateo encontramos que Jesús recomendaba rezar con pocas palabras: **“Cuando oren, no hablen mucho, como hacen los paganos: ellos creen que por mucho hablar serán escuchados”** Mt 6, 7-14.

Y en el de Lucas, Jesús nos enseña el modo en que oraba el publicano, simplemente repitiendo la frase: **“¡Dios mío, ten piedad de mí, que soy un pecador!”** Lc 18, 13 b, exhortándonos a hacerlo de la misma forma.

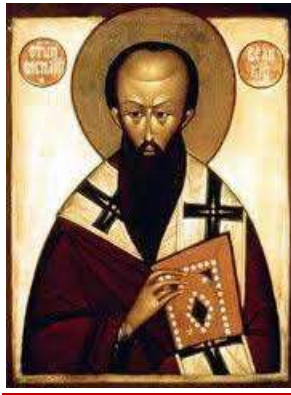
Nuevamente en Mateo, vemos que esta forma oración ha sido establecida dentro de una atmósfera de silencio y soledad: **“Tú, en cambio, cuando ores, retírate a tu habitación, cierra la puerta y ora a tu Padre que está en lo secreto; y tu Padre, que ve en lo secreto, te recompensará”** Mt 6, 6.

Y vemos que Jesús siguiendo esta misma enseñanza, aparte de orar con sus discípulos en comunidad se **“retiraba a una montaña para orar y a pasar toda la noche en oración con Dios”** Lc 6, 12.

En otros pasajes del Nuevo Testamento como en 1 Tes. 5,17 leemos **“Oren sin cesar”** como un llamado a la oración continua.

Constatamos así que la oración continua, en silencio y quietud es definitivamente parte de la Sagrada Escritura.

Evagrio Póntico, testigo privilegiado de la tradición



Evagrio Póntico

Entre las figuras más eminentes de la espiritualidad bizantina Evagrio Pontico vivió y floreció en la segunda mitad del siglo IV d.C., áureo periodo de la patrística.

Después de haber sido instruido por los mayores teólogos orientales, Basilio el Grande y Gregorio de Nazianzo, y haber recibido los primeros grados de la iniciación sacerdotal, Evagrio abandonó tempranamente Constantinopla para seguir la vía monástica, inicialmente en Palestina y en el desierto egipcio.

Animado por el más profundo amor de Dios, en sus escritos supo equilibrar la sabiduría paternal del director espiritual y la profundización interior del conocimiento de las cosas sagradas.

Una frase extraída del tratado de Evagrio nos introducirá directamente en el corazón de esta vía sagrada, iluminándonos sobre una concepción que desde algunos puntos de vista podrá parecernos inusitada:

**“Si eres teólogo rezarás verdaderamente,
y si rezas verdaderamente eres teólogo”**

(Tratado sobre la oración - 60).

“Teólogo” no es el erudito en estudios literarios, sino simplemente el **“cristiano”**: de hecho si el bautismo es el ingreso en la vía del Cristo, solo el asimilar el propio ser a Su Ser es lo que hará al hombre o la mujer **“cristiano/cristiana”** es decir **“teólogo/teóloga”**, palabra que se puede entender como “quien que habla con Dios”. El cristiano/la cristiana es quien sabe rezar y ha alcanzado la unidad con el Verbo-Ser divino realizando la **“divinización”**:

“Dios se ha hecho hombre para que el hombre se haga Dios”

En las palabras de Evagrio **“la oración es la unión del intelecto con Dios”** (TO, 3) es decir cuando por **“intelecto”** se comprende la esencia espiritual del ser humano, en gracia de la cual es verdaderamente “imagen y semejanza” de Dios.

La oración es entonces **“nada más”** - si se nos permite la expresión - que el regreso del ser humano a su naturaleza divina originaria, perdida con el pecado de sus progenitores Adán y Eva.

Al no haberse reactualizado la semejanza con Él, el monje hará inseguros los frutos de la ascesis y se expondrá al riesgo de ser succionado por el mundo de la exterioridad con la misma fuerza con la que él se ha sabido separar: **“Después que has orado como se debe, espera lo que no se debe, y resiste custodiando valientemente tu fruto. De hecho, desde el principio has sido destinado para esto: trabajar y custodiar”** (TO,48)

La gran enseñanza que podemos extraer de estas palabras es la invitación a la unificación del intelecto de cada actividad humana, para que lo que es **“profano”** devenga sacro, haciendo de cada acto de la vida un modo de alabar al Único y de estar unidos a Él: **“Que las virtudes del cuerpo te sirvan para las del alma y las virtudes del alma para las espirituales, y éstas para el inmaterial y esencial conocimiento”** (TO, 132).

Sólo el hombre unificado en el intelecto estará a la altura de la oración espiritual - recordando las palabras del Evangelio **“Cada reino dividido en sí mismo va en ruinas y cada casa cae sobre la otra”** (Lc 11,17) -, dado que la pureza del cuerpo y el alma se puede alcanzar solo en la justa (equilibrada) disposición del intelecto que en el *camino hacia Dios* se va purificando.

El monaquismo oriental ha puesto la condición de la *hesiquia* (quietud) como inicio del regreso de la Creación a Dios y, si bien pone a la soledad y al retiro del mundo como condición preliminar de la ascesis, ve al monje al centro del mundo, unido a todas las criaturas por la vía mística, aún estando segregado.

“Monje es aquel que separado de todos está unido a todos”
(TO, 124-125)

“Dichoso el monje que, después de Dios, considera a todos los hombres como Dios” (TO, 123)

La condición interior que el monje debe preliminarmente alcanzar para poder cumplir una siembra fructuosa en su corazón reluce en las palabras de S. Antonio el Grande: **“En el silencio el intelecto genera la palabra”** (Abismos, 107), donde se entiende como **“silencio”** la supresión del movimiento de la mente, es decir la ausencia de pensamientos y de fantasías.

Este **“silencio”** se obtiene a través de un progresivo fortalecimiento de las virtudes cardinales del monje, es decir, la separación y distancia de las cosas del mundo y la impasibilidad, virtudes que se vuelven perfectas en la hesiquia y se resumen en el lema “huye, silénciate, estate quieto” aplicadas tanto a las cosas interiores como a las exteriores...ya que **“si el hombre interior, como lo entienden los padres, es sobrio, es capaz de custodiar también al hombre exterior”** (Hesichio Presbítero).

“Cuando ores no le des forma a la divinidad en ti mismo ni permitas que tu mente reciba la impresión de cualquier forma, más bien acércate inmaterialmente a lo inmaterial y comprenderás” (TO, 66).

En definitiva, el proceso de **“liberación de pensamientos”** (TO, 70) debe basarse solamente sobre fórmulas de oración.

El monje, partiendo de la escucha de la palabra que él mismo pronuncia en la oración en la que invoca la piedad del Salvador, debe alcanzar a transformar **“por cocción”** esta oración en oración de acción de gracias - cuando se hayan eliminado de la mente las formas exteriores -, y finalmente fundirla en el espacio de un punto inmaterial del corazón, donde pueda ser encontrada la escucha (escucha/sentir) espiritual del Verbo.

La oración de Jesús, expresión de la presencia de la meditación en la tradición cristiana



Jesús

Existe en la iglesia católica de oriente, específicamente en la Iglesia rusa, una tradición de oración llamada “Oración de Jesús” u “Oración del corazón”, que si bien halla sus raíces en la larga experiencia espiritual que se alimenta de los padres del desierto, va encontrando su forma definitiva hacia el siglo XIV.

En los dos posibles nombres de esta oración encontramos sus dos elementos fundamentales, sobre los cuales se articula su teología. Nos referimos al nombre de Jesús y al corazón como espacio antropológico de la presencia de Dios y raíz última de la naturaleza humana.

“El nuevo testamento nos ofrece una serie de indicios muy claros acerca del valor y el poder del nombre de Jesús, un nombre más poderoso que cualquier otro nombre de Dios que le haya sido revelado a los hombres: **‘Por lo cual Dios lo exaltó y le otorgó el Nombre que está sobre todo nombre, para que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en el cielo, en la tierra y en los abismos, y toda lengua confiese que Cristo Jesús es el Señor, para gloria de Dios Padre’** (Flp 2, 9-11). **‘No hay otro nombre dado a los hombres por el que nosotros debamos salvarnos’** (Hb 4, 12).

“En casi todas las religiones antiguas existía la creencia de que quienquiera que llevara el nombre divino había de poseer también el poder contenido en dicho nombre, porque el nombre no era un sonido vacío, no se limitaba a significar al Dios al que se refería, sino que frecuentemente llevaba consigo el poder, la gracia y la presencia de ese Dios. Esto es lo que infinidad de contemplativos cristianos han sentido intuitivamente con respecto al más poderoso de los nombres de Dios conocidos por el ser humano: el nombre de Jesús”. (Anthony De Mello, *Contacto con Dios*).

Por otro lado y en virtud del nombre de Jesús, la persona va entrando en la profundidades de su propio corazón, desde donde va retomando la unidad de todo su ser en Cristo.

Ahora bien, según la Tradición de Oriente, el Espíritu no se encuentra desamparado, sino custodiado por un centro unificador: el corazón (*leb* en hebreo, *kardía* en griego). Pero no el corazón entendido como el órgano de la afectividad (esto sólo sería el *timos*, una zona demasiado inconsistente e inestable), sino un ámbito más interno y transparente, que se convierte en “sede” del espíritu. El encuentro con Dios se da en el espíritu a través del corazón; de ahí que la verdadera experiencia espiritual sea unificadora, porque integra y convoca a las diferentes dimensiones de la persona. **“El sentido de nuestra vida no es otro que la búsqueda de este lugar del corazón”**, dice Olivier Clément.

Es decir, en el centro de nosotros mismos, unificando nuestro ser, está el corazón, el “cofre” donde se custodia-oculta el *espíritu*. Por ello Jesús daba tanta importancia al corazón: **“De lo que rebosa el corazón, habla la boca”** (Lc 6,45); **“Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios”** (Mt 5,8). En las Cartas del Nuevo Testamento se menciona con frecuencia el corazón: **“Que vuestro adorno no esté en el exterior, sino en lo oculto del corazón, en la incorruptibilidad de un espíritu (*pneuma*) dulce y sereno”** (1P 3,4); **“Y la paz de Dios, que supera todo conocimiento, custodiará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús”** (Fil 4,7).

Se trata, pues, de llegar a la unificación de toda la persona, que integre la afectividad, la sensibilidad, el raciocinio, más allá de la bella expresión de Pascal, que es todavía dualista: **“El corazón tiene razones que la razón no conoce”**. Y es que *hay unos ojos en el corazón* que permiten comprender lo que ni los ojos del cuerpo ni la razón son capaces de percibir: **“Ruego a Dios que ilumine los ojos de vuestro corazón para que conozcáis cuál es la esperanza a la que habéis sido llamados”** (Ef 1,18).

Llegar al *lugar del corazón* es don de Dios: **“Les daré un corazón, para conocerme; sabrán que yo soy el Señor. Ellos serán mi pueblo y yo seré su Dios; se convertirán a mí con todo su corazón”** (Jer 24,7). El corazón es el lugar de la renovación de la Alianza con Israel: **“Pondré mi ley en su interior y sobre sus corazones la escribiré, y yo seré su Dios y ellos serán mi pueblo”** (Jer 31, 33).

Este vivir desde el corazón es lo que nos hace entrar en comunión: **“Les daré a todos un solo corazón y un solo comportamiento, de suerte que me venerarán todos los días, para bien de ellos y de sus hijos después de ellos”** (Jer 32, 39). Y también: **“Y os daré un corazón nuevo, infundiré en vosotros un espíritu nuevo; quitaré de vuestra carne el corazón de piedra y os daré un corazón de carne”** (Ez 36,26).

En palabras de San Serafín de Sarov: **“Para poder ver la luz de Cristo hay que introducir el intelecto en el corazón, la mente tiene que encontrar su lugar en el corazón. Entonces, la luz de Cristo encenderá todo el pequeño templo de vuestra alma con sus rayos divinos, aquella luz que es unión y vida con él (...). El signo de una persona prudente es cuando sumerge en su interior su intelecto y cuando toda su actividad se realiza en su corazón.**

“Cuando la gracia de Dios lo ilumina y todo él se encuentra en un estado pacificado”. (Javier Melloni, *Itinerario hacia una vida en Dios*).

“La oración de Jesús es habitualmente recitada bajo la fórmula ‘Señor Jesucristo, Hijo de Dios, ten piedad de mí, pecador’; pueden existir incluso variantes. Lo que es esencial y constante es únicamente la invocación del Nombre divino. Hubo tres períodos durante los cuales la práctica de la Oración de Jesús fue particularmente intensa. En primer lugar, la edad de oro del hesicasmo (corriente espiritual que busca la quietud mediante la repetición del Nombre de Jesús) en el siglo XIV bizantino, con san Gregorio Palamas, el más grade teólogo de ese movimiento; luego su renacimiento en Grecia, a fines del s. XVIII, con san Nicodemo de la Santa Montaña y la Filocalia; finalmente, en Rusia, en el siglo XIX, con san Serafín de Sarov, san Juan de Kronstadt, los staretz de Optino y Teófano el Recluso. Más recientemente aún, en nuestra misma época, con la emigración rusa, la práctica de la Oración de Jesús se expandió principalmente, tal vez entre los laicos; no hay duda de que la publicación de ‘Relatos de un peregrino ruso’, tuvo, entre ellos, una gran repercusión” (AA. VV., *El arte de la Oración*).

La Nube del No Saber, testigo occidental.

Anónimo inglés del siglo XIV



“Cuando hablo de una oscuridad o una nube, no pienses que es una nube formada de vapores que flotan en el aire o una oscuridad, como la que hay en tu casa por la noche, cuando se apaga el candil... No quiero decir nada de eso. Cuando digo “oscuridad”, quiero decir privación de conocimiento, tal cual todo lo que no sabes o has olvidado es oscuro para ti, porque no lo ves con tus ojos espirituales. Por esta razón, lo que está entre tú y tu Dios se llama, no una nube de aire, sino una nube de no saber”

Del prefacio de Simon Tugwell, OP

La Nube del No Saber es una de las joyas de la literatura medieval inglesa. Su autor anónimo es un maestro de prosa inglesa y un director espiritual de enorme talento, que por medio de esta obra literaria estaba dirigiendo a un individuo conocido (probablemente un cartujo) y a quienes aspiran a una vida contemplativa estricta en respuesta a lo que creen que es un auténtico llamado.

El neófito en la vida contemplativa debe haberse ejercitado previamente en las virtudes y ejercicio de la vida activa; descarta a los buscadores de novedades, aquellos de **“oídos ansiosos”** y los charlatanes que se alejan de la **“caridad que proviene de un corazón puro, buena conciencia y verdadera fe”**.

Escribe entonces, para quienes son llamados a **“olvidar perfectamente aquellas cosas que quedan atrás y alcanzar perfectamente aquellas cosas que esperan delante”**.

Su autor está convencido de que la forma más alta de oración adecuada para esta vida es la revelada a san Dionisio, el Areopagita, por el mismísimo San Pablo.

La Nube del No Saber pertenece al amplio alcance del pensamiento y la espiritualidad occidentales, bebe de innumerables tradiciones que poseen una larga prehistoria en la Iglesia y más allá de ella.

Da por sentado que la oración de la Iglesia obviamente tiene prioridad sobre el ejercicio contemplativo privado.

Sugiere de manera tácita una convicción de que las aspiraciones fundamentales de todos los hombres y las mujeres se cumplen en unión con Dios que nos ha sido revelado en Jesucristo. Él comparte el punto de vista, grabado en la teología occidental por San Agustín, de que a través de nuestras aspiraciones Dios nos atrae hacia Él, no nos obliga, no nos coacciona (excepto con la fuerza del deseo).

“Es obra solo de Dios, suscitada de manera especial en el alma que Él quiera, sin ningún mérito de su parte. Porque sin esta obra divina, ni santos ni ángeles pueden guardar esperanza de desearlo... Esta gracia no se concede por la inocencia ni se niega por el pecado... para que funcione simplemente debes consentir con ella... solo Dios mueve tu voluntad y deseo; solo Él, únicamente Él, sin ningún intermediario”

A nuestro autor le preocupan principalmente aquellos que son conscientes de una atracción muy particular: la atracción de la oración contemplativa.

En la tarea contemplativa particular que describe no ve que el aprendizaje o la capacidad mental tengan que desempeñar ningún papel directo; pero deja implícito que espera que cualquier contemplativo de la clase que él refiere sea extremadamente sensible y de mente despejada.

El ascenso al punto alto donde Dios habita, en la nube oscura de misterio, aunque implica cierta transcendencia de las criaturas, no las aniquila. Más bien garantiza que la creación quedará intacta en su propia integridad.

Nuestra meta debe ser no solo transferir toda nuestra afectividad a Dios, sino alcanzar un estado de **“amor ordenado”**, en el cual todos nuestros afectos ocupen su lugar alrededor de nuestro amor central por Dios.

El autor de **La Nube** repetidas veces advierte que no intentemos presionar ninguna de nuestras facultades para lograr la contemplación. Cuando por primera vez recurrimos a la práctica de la **“tarea”** contemplativa, debemos esforzarnos solo durante un breve momento y luego descansar. El autor insiste en salvaguardar la espontaneidad de la **“tarea”**. Debemos esforzarnos con **“celo”**, no con violencia.

De manera similar, el autor es suspicaz ante grandes demostraciones de emoción. Reconoce que quizás Dios nos conmueva tanto que resulte inevitable una fuerte respuesta emocional, pero no nos permitirá cultivar ninguna respuesta de este tipo de manera artificial y, en tanto sea posible, nos hará evitar las demostraciones de emoción. Más bien debemos intentar **“esconder”** nuestro amor.

También es suspicaz de la decoración imaginativa, cualquier imagen del cielo, simplemente, nos distrae de nuestra tarea.

Plenamente convencido de la doctrina, tan importante en la filosofía griega y en la teología de la Iglesia primitiva, de que la vida virtuosa (y la vida ideal) es la vida de acuerdo con la naturaleza.

La plenitud sobrenatural de nuestra vida de ninguna forma viola nuestra constitución natural. Nuestros poderes naturales nos ayudarán a ir hacia nuestro destino sobrenatural, precisamente al poder cumplir sus propias funciones. Sólo nuestro **“ser desnudo”** puede aproximarse al **“ser desnudo”** de Dios. La posibilidad de nuestra unión contemplativa con Dios reside no en nuestras facultades, sino en la profundidad misteriosa y evasiva de nuestras propias almas, que ni siquiera nosotros mismos podemos comprender.

Al igual que santo Tomás, llama esto nuestro **“ser”** (essentia), el **“yo”** que sólo conocemos por sus actos (yo veo, yo pienso, yo siento), pero que no se identifica con sus actos (yo no soy simplemente mi ver, ni mi pensar, ni mi sentir).

La realidad de la contemplación no se puede producir. La verdadera contemplación surge de una profundidad que no podemos manipular. Si llega a aparecer, todo lo que podemos hacer es no interferir con ella. Hasta entonces debemos usar nuestras facultades normales que, hasta cierto punto, podemos controlar, de formas adecuadas y correctas.

Sin embargo, todo esto nos deja todavía con un gran problema. Si nuestro ser desnudo es quien debe acercarse a Dio, ¿por qué nuestro autor habla tan terriblemente del dolor y la obstrucción causados precisamente por la conciencia de nuestro propio ser?

No es nuestro ser, como tal, el que nos estorba: es la *conciencia* que tenemos de nuestro ser. Pero ¿qué es este extraño dolor causado por el sentimiento de nuestra propia existencia? En parte, sin dudas, es la conciencia de que el pecado se encuentra inextricablemente mezclado en nuestra existencia.

No es raro que la gente sienta que, más de los pecados reales de los que tiene conciencia, existe una profunda raíz de pecado, y que de esto anhela realmente librarse.

La clase de pensamiento que subyace a las palabras de **La Nube** afirma que es precisamente nuestra “existencia” como sujetos independientes lo que constituye nuestra **“caída”** original. Es que nos destaquemos, nos separemos de la plenitud y unidad primordial de todas las cosas en Dios, lo que rompe nuestra unión con Él. En tanto exista un **“yo”** que enfrente a Dios, no hay unión real con Él.

Nuestro ser debe acercarse a Dios con tal desnudez que no se vista siquiera de sí mismo. Aunque este **“auto-anonadamiento”** significa que debemos perder nuestra conciencia de nosotros mismos, es, en realidad, la forma en la que nos *convertimos* en nosotros mismos.

De la introducción de James Walsh, SJ

Encontraremos elementos neoplatónicos en la **Nube**, o que la contemplación sin imágenes y ciertas técnicas que ayudan a la quietud de los sentidos y las facultades ilustrarán puntos en similitud entre maestros de, por ejemplo, el budismo zen o Juan de la Cruz.

La deidad a quien el autor se dirige (y es objeto del esfuerzo contemplativo) es el Dios, uno y trino, de la revelación cristiana.

“Entrelázate a Él por el amor y la fe”.

El contemplativo es propenso a entrar en el **“misticismo sensorial”** con toda razón, cuando experimenta un amor que atormenta porque no puede ver a Dios, cuando lo abruma el deseo de mirar el rostro del amado. Este sentimiento de amor nostálgico, el **“humilde impulso de amor”** como lo llama el autor, es señal de que el ejercicio debe llevarse a cabo habitualmente.

En **la Nube** se describe, entre otras cosas, la naturaleza de lo que el autor considera el ejercicio contemplativo fundamental, su valor supremo, las implicaciones básicas de su práctica, las exigencias que hace y los peligros que le atañen.

La lucha crucial del aprendiz contemplativo es enfocar su atención (**“para tender solo a Dios”**) mediante la contrición perseverante y el ardiente deseo que se reflejan en la acción de **“aplastar la conciencia de todas las criaturas que Dios hizo, y mantenerlas bajo la nube del olvido”**.

A primera vista pareciera que tiene una actitud negativa hacia las criaturas. Durante la práctica de la “tarea” de la contemplación sugiere que pongamos a todas las criaturas bajo la **“nube de olvido”**. Todo pensamiento sobre las criaturas debe ser aplastado. No son las criaturas las que deben ser aplastadas, sino el pensamiento sobre ellas, y ello solamente durante el **“ejercicio”** particular de la contemplación. Incluso los pensamientos sobre los atributos de Dios o sobre los misterios de la Encarnación se mencionan explícitamente entre las cosas que debemos desterrar de nuestra atención en esos momentos, aun cuando el autor admite que esos pensamientos son en sí mismos buenos y que, en otro momento, resultan valiosos e importantes para nosotros.

Lo que agota la psiquis es la constante batalla contra la distracción: intentar manejarla y aquietar la incontrolable operación de las facultades imaginativas e intelectuales con nuestro propio esfuerzo.

El autor examina en detalle lo que tiende a ocurrir en la mente y el corazón de quien se aplica a este ejercicio contemplativo... desarrolla un diálogo imaginario entre el alma y este pensamiento que siempre trata de interponerse entre el ser y Dios, emplea argumentación, para demostrar cómo, si el ser realmente se involucra en el juego de los pensamientos, se encuentra metido en un proceso que disemina su concentración y disipa el esfuerzo contemplativo.

Para el autor los movimientos intelectuales y afectivos pertenecen a la parte más baja de la vida contemplativa.

Las repentinas agitaciones de la comprensión, esas contemplaciones claras de las cosas santas que a menudo traen sentimientos de consolación, no son las respuestas de la mente a la presencia de Dios, sino su ocupación con uno u otro objeto por debajo de Él. Son por lo tanto menos beneficiosas que los impulsos afectivos ciegos, tanto para el crecimiento personal del contemplativo en unión con Dios como para el desarrollo unitivo de todo el cuerpo de Cristo: la Iglesia en la gloria, la Iglesia sufriente y la Iglesia en la tierra.

Estos movimientos de contemplación oscura son, por tanto, preferibles a cualquier clase de visión o sonido sobrenatural de santo o ángel. Porque no hay visiones cara a cara en esta vida, pero en esa quietud de mente y corazón que aguarda solo a Dios, Él a veces concede la experiencia de sentir su presencia.

El novicio debe descubrir por sí solo la naturaleza costosa del ejercicio. Su consumación es la dicha celestial, y el único camino hacia eso es a través de la purificación, que es el preludio necesario a la resurrección.

“Sin una gracia especial que proviene de la absoluta generosidad de Dios, junto con la correspondiente capacidad de recibir la gracia, de ninguna manera puede destruirse esta conciencia y experiencia simple de lo que eres (la “masa de pecado”) Esta capacidad no es nada más que un profundo y poderoso pesar espiritual.”

La maravilla de todo esto es que esta experiencia de nada, paradójica y gradualmente produce un cambio radical en el carácter espiritual, y por esta razón es tan difícil perseverar en el ejercicio; el dolor que se experimenta en el movimiento gradual hacia el desapego absoluto provoca que muchos principiantes abandonen el esfuerzo.

La parte más alta de la vida contemplativa, sin importar lo que vayamos avanzando, nunca hallará su perfección aquí: **“no hay seguridad absoluta ni descanso en esta vida”.**

Es evidente, entonces, la importancia para el autor de una comprensión adecuada del **“no saber”**.

Solo Dios es el maestro y director en esta escuela de contemplación. La gracia se mide de acuerdo a la capacidad que Dios da para su recepción; y aquellos que reciben esta capacidad, sin importar su historia espiritual previa, nunca les faltará el don.

Para quienes aspiran al perfecto seguimiento de Cristo, la meditación o el pensamiento cobrarán un significado distinto. Se trata de un nivel más profundo de conciencia, infusa y no adquirida por la tarea intelectual.

Así, esta oración pura, como insistió Casiano mil años antes, será muy breve. Agustín la ha comparado con la flecha disparada por el arco. Durante un breve instante, le permite comprender la eternidad, el poder, el amor y la sabiduría de Dios.

La extremada brevedad de la palabra (de una sílaba) ayudará al aprendiz a absorber su atención amorosa en aquello que su intelecto no puede comprender y estas breves oraciones se hacen tan frecuentes hasta aproximarse al **“orar sin cesar”** (Lc 18,1).

Con respecto a la frecuencia de estas breves plegarias, no hay de hecho ningún límite, excepto las fragilidades psicofísicas de la naturaleza humana. Y en tanto éstas se encuentren bajo control, le corresponde a la contemplación ejercitar la discreción.

“Por amor de Dios, gobiérnate sabiamente en cuerpo y alma, y mantente en buena salud en cuanto te sea posible”.

El autor conoce bien las vidas de los Padres de Desierto y sus muchos relatos del combate entre el solitario y los demonios con forma humana. Indica además, que no permanece indiferente a la obsesión de su época con la tentación diabólica. Sin embargo afirma que son **“ilusiones”**. Tal vez el equivalente moderno sería “alucinaciones” especialmente cuando continúa hablando de los que abandonan la enseñanza común y el consejo de la Santa Iglesia.

La atribución de los diferentes fenómenos histéricos que acompañan el falso misticismo y el **“entusiasmo”** a la actividad de malos espíritus era común entre los teólogos escolásticos, Santo Tomás en particular, como también en la tradición monástica. Sin embargo sus principios para discernir lo falso de lo verdadero se extraen siempre de la exégesis espiritual de la Escritura.

La nube nunca podría haber sido escrita fuera de la tradición cristiana de la Iglesia occidental. La erudición de autor, su sentido común, su amor por la Sagrada Escritura y la profunda familiaridad con el proceso contemplativo cristiano, conocido como *lectio divina* refleja algunos de los mejores elementos de esta tradición.